

<b>Zeitschrift:</b>	Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas
<b>Herausgeber:</b>	Collegium Romanicum (Association des romanistes suisses)
<b>Band:</b>	34 (1998)
<b>Artikel:</b>	Suiza en borges y en algunos poetas y escritores de la primera mitad del siglo XX
<b>Autor:</b>	Siles, Jaime
<b>DOI:</b>	<a href="https://doi.org/10.5169/seals-265665">https://doi.org/10.5169/seals-265665</a>

### Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. [Mehr erfahren](#)

### Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. [En savoir plus](#)

### Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. [Find out more](#)

**Download PDF:** 17.01.2026

**ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>**

## SUIZA EN BORGES Y EN ALGUNOS POETAS Y ESCRITORES DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

A diferencia de otros países que – ellos en sí o sus ciudades<sup>1</sup> – han despertado el interés y merecido, por ello, la atención de los intelectuales, sean éstos poetas o escritores, Suiza no ha suscitado en el imaginario artístico español sino una serie, bastante limitada, de impresiones, estampas y viñetas. Algunas de ellas son relativamente conocidas e, incluso, tópicas, típicas y estereotipadas. Así podría calificarse ésta, de Eugenio D'Ors, que, con su prosa de mirada que avanza, ciñe el paisaje de Berna a algunos de sus puntos más visibles y traza una especie de fotografía angular de la política y de la física del plano, jerarquizando topográficamente en cotas los encuadres que, como espumas del oleaje de la vista, ponen, ante sus ojos y ante su memoria, la figura y el perfil de la ciudad. Se titula “Berna”, está fechada en 1926 y dice así:

La capitalidad oficial de la Confederación helvética es una ciudad simpaticísima. Las cimas blancas de la Jungfrau la dotan de perspectiva admirable, sobre todo en los crepúsculos serenos, cuando la nieve se tiñe de rosa. Además hay un palacio federativo, símbolo de la manera de democracia, que entusiasma tanto a algunos. Y un reloj de torre que, al dar las horas, suelta el mecanismo a unos deliciosos juguetes, donde se representan, bien un forjador con su martillo, bien

---

<sup>1</sup> Cf., para la Antigüedad, F. Leo, *Geschichte der römischen Literatur*, I, Berlín, 1958, pp. 3-4; M. Schanz, *Geschichte der römischen Literatur*, (= *Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft*, herausgegeben von I. Müller), VII, 1, 1, pp. 12-13, así como el resumen que hago de ello en mi libro, *Introducción a la lengua y literatura latinas*, Madrid, Istmo, 1983, pp. 54-58; para el caso de la modernidad, cf. C. B. Morris, “La ciudad babilónica en el cine y el teatro”, *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, 19-20, 1996, pp. 49-67.

una rondita de oseznos que va pasando al compás del carillón. Luego hay unas graciosas fuentes públicas, ornadas de flores. Y, en los fosos municipales, protegidas por el cariño público, las famosas y pacíficas parejas de osos, golosos de zanahorias, tutelares de la ciudad y verdadero tótem para ella<sup>2</sup>.

D'Ors parte, en su enfoque, de una apreciación simpatética no de la totalidad del país sino de la concreción de una ciudad. Su visión de la misma no es en modo alguno imaginaria ni tampoco ideal: es puramente óptica. Por eso contrasta con la imagen, bastante negativa e hipercrítica, que el joven Borges expone, en una carta, de noviembre de 1921, dirigida a su amigo Jacobo Sureda<sup>3</sup>, en la que le dice que los suizos "Son unos hombres" que se sienten muy "ufanos de saber hablar por teléfono y de la democracia y de que están en buen estado las carreteras del país". Opinión ésta, propia del "huraño, remoto, indócil" y "pálido muchacho" que retrata Ramón Gómez de la Serna<sup>4</sup> y que, unos meses antes, en julio o agosto de ese mismo año, se había referido a Alemania como el "país de las almas de segunda mano y de los paisajes de tarjeta postal"<sup>5</sup>.

Este severo juicio sobre Suiza, que no deja de ser irónico y pedante a la vez, no le impide reconocer que este país le "atrajo mucho más que Mallorca"<sup>6</sup>: prueba de ello es que lo eligió para

<sup>2</sup> Eugenio d'Ors, *Mis ciudades*, edición y selección de Juan Pablo d'Ors Pérez y Carlos d'Ors Führer, Madrid, Libertarias/Prodhufi, 1984, p. 78.

<sup>3</sup> Cf. Marcos-Ricardo Barnatán, *Borges. Biografía Total*, Madrid, Temas de Hoy, 1995, p. 72. Para las relaciones con Sureda, cf. Carlos Meneses, *Borges en Mallorca (1919-1921)*, Altea, Ediciones Aitana, 1996.

<sup>4</sup> Cf. Ramón Gómez de la Serna, *Retratos Completos*, Madrid, Aguilar, 1961, pp. 1142-1143; también, Saúl Yurkievich, "Jorge Luis Borges y Ramón Gómez de la Serna: el reflejo recíproco", *España en Borges*, Madrid, Ediciones El Arquero, 1990, pp. 73-93.

<sup>5</sup> Apud Jorge Luis Borges, *Cartas de juventud (1921-1922)*, edición y estudio crítico de Carlos Meneses, Madrid, Editorial Orígenes, 1987, p. 64.

<sup>6</sup> Y Mallorca [cf. *Borges en Mallorca*, p. 95] es un lugar parecido a la felicidad, apto para en él ser dichoso [...]; también: Carlos Meneses, "Una provechosa amistad,

morir. El “incessante Ródano” y el lago que recuerda, juntos, en un poema<sup>7</sup> y la ciudad de Ginebra, en la que vivió las experiencias más determinantes de su difícil y tal vez traumática adolescencia y de su culta e intelectualmente inquieta juventud, no sólo forman parte de los capítulos más nebulosos de su biografía sino que constituyen el marco y el telón de fondo de ese barroco claroscuro que, como un lienzo sometido a la presión de diferentes luces indirectas, parece recorrer su personalidad y no – o no sólo – el *Borges* de su primera o tercera persona poemática. Entre el 24 de abril de 1914 y el 6 de junio de 1918<sup>8</sup>, Borges vive en Ginebra, en el número 17 de la rue Malagnou, hoy Ferdinand Hodler, “en un piso de la parte sur de la ciudad, del barrio viejo. Todavía conozco a Ginebra mejor que a Buenos Aires” – dice<sup>9</sup> – “porque en Ginebra no hay dos esquinas iguales y uno muy pronto aprende a diferenciarlas. Todos los días caminaba a lo largo del Ródano, un río verde y helado, que corre a través del corazón de la ciudad y que es atravesado por siete puentes absolutamente distintos”<sup>10</sup>. Las circunstancias derivadas de – e impuestas por – la primera guerra mundial dejaron a los Borges “encajonados en Suiza”<sup>11</sup>, donde, según Eemir Rodríguez Monegal<sup>12</sup>, “Georgie fue infeliz”. Era una “época sin salida, apretada,

Borges y Mallorca”, *España en Borges*, pp. 95-112.

<sup>7</sup> Cf. el poema “Límites”, apud Jorge Luis Borges, *Obra Poética*, Madrid, Alianza Editorial, 1979, pp. 200-201.

<sup>8</sup> Cf. Barnatán, *loc. cit. supra* en nota 3, p. 72 y María Esther Vázquez, *Borges: Esplendor y Derrota*, Barcelona, Tusquets, 1996, p. 45.

<sup>9</sup> Cf. César Fernández Moreno, *La realidad y los papeles*, Madrid, Aguilar, 1967, p. 3 y Emir Rodríguez Monegal, *Borges, una biografía literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 99.

<sup>10</sup> Tomo la cita de Barnatán, *loc. cit.*, p. 72; en Rodríguez-Monegal, *loc. cit.*, p. 99, dice “que corre por el centro mismo de la ciudad y que es atravesado por siete puentes totalmente diferentes entre sí”.

<sup>11</sup> Así, y con esa expresión, aparece *apud* Fernández Moreno, *loc. cit.*, pp. 8-9 y Rodríguez Monegal, *loc. cit.*, p. 98.

<sup>12</sup> Cf. Rodríguez Monegal, *loc. cit.*, p. 99.

hecha de garúas que recordaré” – dice en 1927<sup>13</sup> – “siempre con algún odio”. Sin embargo, en la entrevista con Fernández Moreno, rectificará esta opinión: “cuando volví a Suiza al cabo de cuarenta años, sentí una gran emoción y una sensación de volver a la patria también. Porque las experiencias de la adolescencia, todo eso, ocurrieron allí”<sup>14</sup>. El Borges de 1918 soñaba con la fundación mítica de Buenos Aires que “más que una ciudá es un país al que hay que encontrarle la poesía y la música y la pintura y la metafísica que con su grandeza se avienen”<sup>15</sup> y que está en él, en el joven Borges, que también es – y no hay que olvidarlo – un Borges joven, “como un poema / que aún no h[a] logrado detener en palabras”<sup>16</sup>. Como indica muy bien Cristina Grau<sup>17</sup>, “Borges ve Buenos Aires después de una larga ausencia, pero sobre todo después de la experiencia de la ciudad europea, de Ginebra, de Palma de Mallorca, de Madrid, o de Sevilla, de ciudades con centros históricos de trazado medieval, de calles curvadas, sin perspectivas abiertas, sobre un terreno irregular”. Pero este Buenos Aires que la mirada borgiana míticamente funda y

<sup>13</sup> Apud Fernández Moreno, *loc. cit.*, p. 99 y, antes, apud Pedro Juan Vignale y César Tiempo, *Exposición de la actual poesía argentina, 1922-1927*, Buenos Aires, Editorial Minerva, 1927, p. 93.

<sup>14</sup> Apud Fernández Moreno, *loc. cit.*, p. 3.

<sup>15</sup> Apud el prólogo a *El tamaño de mi esperanza*, Buenos Aires, 1926 = cf. sobre ello, Cristina Grau, *Borges y la arquitectura*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 24. También los poemas de *Fervor de Buenos Aires*, 1923, *Luna de enfrente*, 1925, *Cuaderno San Martín*, 1929, algunos de *El Hacedor*, 1960, no pocos de *El otro, el mismo*, 1964 y “Buenos Aires” en *La Cifra*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, p. 37.

<sup>16</sup> Cf. la declaración de principios que supone el poema “Arrabal”, dedicado a Guillermo de Torre, en el que explica lo siguiente:

y sentí “Buenos Aires”.  
esta ciudad que yo creí mi pasado  
es mi porvenir, mi presente;  
los años que he vivido en Europa son ilusorios,  
yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires.

Cf. *Obra Poética*, p. 45.

<sup>17</sup> Cf. Cristina Grau, *loc. cit.*, p. 39.

literaturiza a la vez sólo se explica en función del contraste con ese otro espacio, el de Ginebra, “ciudad de tamaño natural”, como la llama<sup>18</sup> y en la que vivió “las experiencias de la adolescencia y todo eso que ocurrieron allí”<sup>19</sup>. Esas experiencias aparecen – según la opinión, bastante unánime, de la crítica<sup>20</sup> – en un relato, de 1975, titulado “El otro”, en el que ”para convencer a Georgie de que él [Borges] es en verdad su yo futuro, aduce pruebas que sólo él podría conocer”<sup>21</sup>. Entre otras, ésta: un atardecer en un primer piso de la plaza Dufour. Suiza fue, para el joven Borges, la poesía de Rimbaud, a la que llega a través de su amigo Maurice Abramowicz, el latín de Séneca y de Tácito, la filosofía de Schopenhauer y de Mauthner y el cine expresionista: sobre todo, *Der Golem* (1915), película dirigida

<sup>18</sup> Apud Fernández Moreno, *loc. cit.*, p. 3, y Rodríguez Monegal, p. 99.

<sup>19</sup> La huella de Suiza y, en especial, la de Ginebra es muy profunda en él y recorre, como un *leit-motiv*, su escritura poética. Sin ánimo de exhaustividad, cf.: esas mañanas de Ginebra, que agradece a su madre en su dedicatoria [*Obra Poética*, p. 17]; los dos versos del poema “La Luna” - “Cuando, en Ginebra o Zúrich, la fortuna / quiso que yo también fuera poeta” [*Obra Poética*, p. 133]; el cuarto verso de “Elegía” = “haber sido una parte de Edimburgo, de Zúrich...” [*Obra Poética*, p. 264]; el poema “Signos” y su nota de introducción: “Hacia 1915, en Ginebra, vi en la terraza de un museo una alta campana con caracteres chinos. En 1976 escribo estas líneas” [cf. *Obra Poética*, p. 506]; el poema “La fama” [Jorge Luis Borges, *La Cifra*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, pp. 79-80] y su “Ser ciudadano de Ginebra”; la última línea de su prólogo a *Los Conjurados*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 14: “Dicto este prólogo en una de mis patrias, Ginebra”; los dos poemas dedicados a su compañero de estudios en Ginebra, Abramawicz, *Los Conjurados*, pp. 33-34 y 35-36; el “Sueño soñado en Edimburgo”, *ibíd*, pp. 67-68 y que contiene, en el enigma del río Aare de Berna y en el nombre de Zwingli, una premonición, la de su muerte, cuyo antílope está, en clave, “en esos signos”; y el poema que da título al libro y que hace referencia a los orígenes históricos de la Confederación, une a sus artífices y héroes los nombres de Paracelso y Amiel, Jung y Klee, cita el número de los cantones de Suiza y dice: “El de Ginebra, el último, es una de mis patrias. / Mañana serán todo el planeta. / Acaso lo que digo no es verdadero; ojalá sea profético” (*ibíd*, p. 97).

<sup>20</sup> Cf. Rodríguez Monegal, *loc. cit.*, pp. 99-101; Barnatán, *loc. cit.*, p. 88: “Verdadero o no el espacio evocado en *El Otro*, todo hace pensar que se refiere al lugar al que la leyenda decía le envió Padre para que “pusiera fin a “su virginidad””.

<sup>21</sup> Cf. Jorge Luis Borges, *El libro de Arena*, Buenos Aires, Emecé, 1977, pp. 11-12.

por Paul Wegener y enriquecida, en la refilmación de éste y de Carl Boese, por la escenografía de Hans Poelzig. Pero no sólo eso: también el episodio, aludido en “El otro”, que Marcos Ricardo Barnatán llama, con título novelesco, “El secreto de la plaza Dufour”<sup>22</sup> y que le hizo ser lo que el doctor Kohan Miller<sup>23</sup>, que lo trató con psicoterapia de apoyo, denomina “un gran inhibido”. Allí,

en Ginebra o Zúrich, la fortuna  
quiso que yo también fuera poeta<sup>24</sup>.

Después de Ginebra, los Borges vivieron en Lugano, en el Hotel du Lac, y de otra experiencia amorosa salió su poema “Escaparate”, que publicó, en enero de 1922, la revista *Tableros de Madrid*<sup>25</sup>. Esa insomne galería de fantasmas de Borges forma parte de su propia historia de la eternidad, que incluye una “simultaneidad de tiempos”<sup>26</sup> que impide que transcurran las cosas y que les da, por ello, su condición de laberinto: de “ficción laberíntica”<sup>27</sup>, como si toda

<sup>22</sup> *Loc. cit.*, pp. 85-92.

<sup>23</sup> Declaraciones a Rita Goldaracena, *El País* del 21 de diciembre de 1990.

<sup>24</sup> Cf. *supra* nota 19 y María Esther Vázquez, *loc. cit.*, p. 48.

<sup>25</sup> Cf. María Esther Vázquez, *loc. cit.*, pp. 50-53.

<sup>26</sup> Cf. *Historia de la Eternidad* [= *Obras Completas*, I, p. 354]: “... La Inteligencia Divina abarca juntamente todas las cosas. El pasado está en su presente, así como también el porvenir. Nada transcurré en ese mundo, en el que persisten todas las cosas, quietas en la felicidad de su condición”. Para Borges ese *mundo* es el de la literatura en la medida en que el poeta se identifica con Dios como creador: como hacedor, en el sentido que recuerda su libro.

<sup>27</sup> Sobre ella, cf. Luis A. Murillo, “The Labyrinths of Jorge Luis Borges: An Introductory to the Stories of *The Aleph*”, *Modern Language Quarterly*, 20, 1959, pp. 259-266; F. Dauster, “Notes on Borges’ Labyrinths”, *Hispanic Review*, 30, 1962, pp. 142-148; H. E. Lewald, “The Labyrinth of the Time and Place in two Stories of Borges”, *Hispania*, 45, 1962, pp. 630-636; M. Kesting, “Das hermetische Labyrinth: Zur Dichtung von Jorge Luis Borges”, *Neue Deutsche Hefte*, 107, 1966, pp. 197-225; Ana María Barrenechea, *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, Paidos, 1967<sup>2</sup>; Mary Lusky Friedmann, *Una morfología de los cuentos de Borges*, Madrid, Editorial Fundamentos, 1990; N. Rosa, “Borges y la ficción

Suiza sólo fuera Ginebra, y Ginebra, sólo aquel atardecer nunca olvidado en el primer piso de la plaza Dufour, que se recuerda, como prueba, en “El otro”; como si Georgie fuera o hubiera sido Borges, como Cansinos era “la suma del tiempo”, y Macedonio Fernández, “la joven eternidad”. Aquel atardecer en aquel primer piso de la plaza Dufour Borges fue Borges mucho antes de serlo, del mismo modo que ahora, en Ginebra, para siempre lo es. Buenos Aires era “la casa primordial de la infancia”<sup>28</sup>; Ginebra, el laberinto y el espejo de ese cruce de cosas que es la juventud. En ella Borges vivió algo más que la concreta realidad del espacio del cuerpo: intuyó la angustia del tiempo y, con ella, la imaginaria vida de todo lo mental. Ginebra fue, para Borges, la iniciación en su propio fantasma: se comprende que no quisiera abandonarlo; se comprende que no quisiera salir nunca de él. La muerte allí fue su último laberinto real imaginario. Antes lo había sido el “tiempo, ese otro laberinto”, como lo llama en *Atlas*. Allí, en Ginebra, empieza y termina aquel “inútil/ empeño de olvidar la biografía / de un poeta menor del hemisferio / austral, a quien los hados o los astros /dieron un cuerpo que no deja un hijo y la ceguera, que es penumbra y cárcel”, como dice en el poema “Aquel”<sup>29</sup>. Para Borges – como en su “Alguien soñará”, de *Los Conjurados*, p. 47 – real es sólo lo imaginario. Ginebra y Buenos Aires fueron imaginarias, cada una a su modo y acaso a la vez, porque las dos ciudades sirven a Borges para intensificar la referencia, y “la intensidad de la referencia” es su rasgo poético esencial<sup>30</sup>.

laberíntica”, apud J. Lafforgue, *Nueva novela latinoamericana*, Buenos Aires. Paidos, 1969-71, pp. 140-143; José M. Cuesta Abad, *Ficciones de una crisis. Poética e interpretación en Borges*, Madrid, Gredos, 1995, pp. 164-180. Para las implicaciones del laberinto en su poética, cf. Lelia Madrid, “Heterotopías / Utopías: Jorge Luis Borges o la poesía de la vía media”, *El estilo del deseo. La poética de Darío, Vallejo, Borges y Paz*, Madrid, Editorial Pliegos, 1988, pp. 93-112.

<sup>28</sup> Buenos Aires – dice en *El tamaño de mi esperanza*: cf. Cristina Grau, *loc. cit.*, p. 25 – “sigue en espera de una poetización y es un espectáculo para siempre”.

<sup>29</sup> *La Cifra*, pp. 25-26.

<sup>30</sup> Cf. Jorge Rodríguez Padrón, *Tentativas Borgeanas*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1989, p. 17.

Otro escritor que cruza el mapa suizo, aunque unos años después, es el malagueño Manuel Altolaguirre, que pasa la Navidad de 1930 en Neuchâtel y que escribe un poema, titulado “En Suiza”, que, en marzo de 1931, ve la luz en la *Revista de Occidente* y que es incluido en *Soledades Juntas* (1931) y sucesivamente reeditado en *La Lenta Libertad* (1936), *Las islas invitadas* (1936) y *Poemas de las islas invitadas* (1944). El poema es éste:

### EN SUIZA

A.C.M.

Si estuvieras aquí,  
frente a este mundo  
de silencio y blancura,  
después de recorrer con la mirada  
las bajas nubes y las altas nieves,  
el resumen gozoso del paisaje  
encontraría en tus ojos.

Pero tu ausencia es ciega.  
Los ojos que recuerdo al recordarte  
a otros lugares miran.  
Ni presienten ni ven esta hermosura.  
Los hondos ríos, el lago, las montañas,  
el clarísimo frío de mi frente,  
distintos son del fuego de tus labios,  
de tus ojos, del mar, de tus llanuras.

Si yo pudiera a tu recuerdo darle  
vida, o si pudiera, al menos,  
convertirme en un recuerdo tuyo,

viviendo sólo donde tú me pienses.  
Si fuera el cuerpo lo invisible  
y el alma lo real,

me verías siempre,  
y esta luz, este cielo, estos declives,  
serían un blanco sueño<sup>31</sup>.

La abreviatura C. M. De la dedicatoria podría corresponder a las siglas de C[oncha] M[éndez], aunque nada dicen al respecto ni Margarita Smerdou y Milagros Arizmendi, en su edición, ni James Valender, en la suya. Altolaguirre conoció a Concha Méndez en la Granja del Henar, donde se la presentó Federico García Lorca, y se casó con ella el 5 de junio de 1932<sup>32</sup>. Pero la fecha de su publicación - marzo de 1931, en la *Revista de Occidente* - impide esta conjetura, porque Altolaguirre conoció a Concha Méndez en el otoño de 1931, cuando el poema ya había sido publicado. En cualquier caso "En Suiza" es un poema de amor, cuyo tema es la ausencia de la persona amada ("Si estuvieras aquí...") y lo que funciona como correlato objetivo - es el paisaje: "este mundo / del silencio y blancura, las bajas nubes y las altas nieves", pero no en sí sino en el espejo o "resumen gozoso" que los ojos de la persona amada podrían,

<sup>31</sup> Cf. Manuel Altolaguirre, *Poemas Completas*, edición de Margarita Smerdou y Milagros Arizmendi, Madrid, Cátedra, 1982, p. 201; *Obras Completas*, edición crítica de James Valender, III, Madrid, Istmo, 1992, pp. 178-179.

<sup>32</sup> En *Los Pasos Profundos*, recopilación, cronología y estudio bibliográfico de James Valender, Málaga, Litoral, 1989, p. 100, se da, como fecha de la boda, la del 15 de junio de 1932; Margarita Smerdou y Milagros Arizmendi, *loc. cit.*, p. 74 sólo indican el mes, junio, pero sin especificar el día; lo mismo hace Valender en la edición de *El caballo griego*, que figura en sus *Obras Completas*, I, p. 68. Carmen D. Hernández de Trelles, *Manuel Altolaguirre: vida y literatura*, Universidad de Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1974, p. 14, es quien da, como fecha del enlace, la del 5 de junio, basándose – supongo – en el artículo de Samuel Ros, "Marcha Nupcial", publicado en el *Heraldo de Madrid* del 9 de junio de 1932.

de estar ella allí, ser<sup>33</sup>. Pero, como no es ese el caso, los ojos que el poeta recuerda al recordarla “a otros lugares miran”: no coinciden, por tanto, y no hay igualdad en lo que los ojos de ella y de él ven<sup>34</sup>. El motivo de este viaje a Suiza no fue otro que acompañar a su paisano y amigo Bernabé Fernández Canivell, cuya hermana Nieves residía en Neuchâtel entonces. Para ello, Altolaguirre - que, con la intención de estudiar Ciencias Políticas y preparar las oposiciones al Cuerpo Diplomático, vivía en París desde noviembre de 1930 - tuvo que vender su imprenta<sup>35</sup>: estuvo en Suiza una semana y llevó consigo, como regalo para Bernabé Fernández Canivell, que además, de amigo de todo el 27, fue un gran bibliófilo, nada menos que “una primera edición de lujo, ejemplar numerado, del “Ulises” de Joyce”, que es como le pagó, por la venta de “Un verso para una amiga”, la librería “Shakespeare and Co.” de París, en la que conoció “al gran escritor irlandés”<sup>36</sup>. El poema no habla tanto de Suiza como de la ausencia de la persona amada y el contraste entre el recuerdo de ella y la imposibilidad de convertir el imaginario paisaje, que es siempre la memoria, en una visión más completa y compacta que todo lo real. Todo ello, dentro del clima y del estilo, propios del intimismo, que caracteriza la escritura poética de Altolaguirre y que le da – desde muy pronto, como aquí puede verse, pues el poeta, cuando lo escribe, tiene sólo veinticinco años – esa forma de confidencia que constituye el rasgo máximo de su identidad.

Otro poeta, incluido por la crítica en la misma “generación” que Altolaguirre, pero que, por edad y estilo, debe considerarse, como

<sup>33</sup> Para la función de la mirada y de los ojos en Altolaguirre, cf. Biruté Cipljauskaitė, *El poeta y la poesía (Del Romantismo a la poesía social)*, Madrid, Insula, 1966, p. 352, nota 185, y Antonio A. Gómez Yerba, “La expresión sensorial en la obra de Manuel Altolaguirre”, *Entorno al 27*, Málaga, Diputación Provincial, 1998, pp. 49-79.

<sup>34</sup> Cf. “Pero tu ausencia es ciega. / Los ojos que recuerdo al recordarte / a otros lugares miran.” Por eso, “Ni presienten ni ven esta hermosura.”

<sup>35</sup> Cf. *Obras Completas*, I, p. 67, nota 1.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 65.

Jorge Guillén, dentro de la anterior<sup>37</sup>, y que viaja a Suiza a comienzos de los años treinta, es el “todo frondoso, florido y frutado de hojas”<sup>38</sup> Pedro Salinas, según el exacto y equívoco decir de Juan Ramón. Salinas no viaja a Suiza para ver a un amigo sino por motivos de trabajo: viaja a Ginebra por lo que llama el “asuntazo” – caído el cielo y del más rosado acaso y seguro azar<sup>39</sup> – ocupa varias cartas de su correspondencia con Guillén y le pone en el brete de tener que elegir entre Ginebra o Murcia<sup>40</sup>. En la primera de ellas, relativa a este tema y fechada el 12 de noviembre de 1930, Salinas lo expone todo “pronto y rotundamente”:

Estoy propuesto – dice<sup>41</sup> – como candidato del Gobierno de S. M. C., para un puesto de nueva creación en la Sociedad de Naciones. ‘Pas moins!’ Residencia en Ginebra, con derecho al uso del lago y del ‘ennui calviniste’: sueldo decente, aunque no fabuloso (24.000 Frs. suizos) y como función dirigir una ‘Revista de Educación’ y llevar un pequeño negociado. ¿Qué te parece? ‘Eh bien, mon ami, ça tient du miracle’. Estaba yo de vocal en un tribunal del que formaba parte también Julio Casares. (Apenas conocido mío, sólo había hablado con

<sup>37</sup> Cf. Juan Marichal, “Historia y poesía en Jorge Guillén”, *Luminous reality*, University of Oklahoma, 1969 [= *Jorge Guillén*, edición de B. Ciplijauskaité, Madrid, Taurus, 1975, pp. 23-29]; lo discute y no lo admite Juan Manuel Rozas, *El 27 como generación*, Santander, La Isla de los Ratones, 1978, pp. 17-18; coincidiendo plenamente con Marichal, pueden verse mis dos estudios “Dos versos de Claudio Rodríguez y una prosa de Pedro Salinas: ensayo de reconstrucción”, *Insula*, 444/445, noviembre-diciembre 1983, pp. 6-7 y “Jorge Guillén: simetría y sistema; elementos explícitos e implícitos en Cántico – 1928”, *Poesía del 27*, Zaragoza, 1990, pp. 95-113.

<sup>38</sup> Cf. Juan Ramón Jiménez, “Pedro Salinas”, *Españoles de tres mundos*, Losada, Buenos Aires, 1958<sup>2</sup>, p. 89.

<sup>39</sup> Cf. Pedro Salinas / Jorge Guillén, *Correspondencia (1923-1951)*, Edición, introducción y notas de Andrés Soria Olmedo, Barcelona, Tusquets, 1992, pp. 115-116; también Andrés Soria Olmedo, “La correspondencia Salinas-Guillén”, *Pedro Salinas en su centenario*, Sevilla, Universidad de Sevilla-Excmo. Ayuntamiento de Sevilla, 1992, pp. 63-73.

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 116.

<sup>41</sup> *Ibidem*.

él dos o tres veces.) Y he aquí (con qué exquisita fruición narrativa empleo el «he aquí») que después de terminar la última sesión, se me acerca y a quemarropa me suelta sin rodeos la proposición: «¿Estaría usted dispuesto a aceptar un cargo en Ginebra, Sociedad de Naciones?» No vacilé. Solté el sí como doncella fogosa e impaciente. Figúrate tú todo lo que representa. Liberación de todas las ‘tracasseries’ de Madrid, de mis siete oficios, de mi inestabilidad constante, del nerviosismo forzoso. Un solo empleo, bien pagado y bien situado, sobre todo. Buena educación para los chicos, vacaciones suficientes, y todos los etcéteras posibles. ¿No he hecho bien? Dímelo. Total que Alba habló a Quiñones y que mi candidatura está presentada. Claro es que se la pueden dar a otro, de cualquier nación, pero Casares cree que el Gobierno hará bastante fuerza para que ese puesto sea de España. ¡Y en este caso España soy yo! Así estamos. Yo no me hago demasiadas ilusiones, porque me parece imposible que algo tan importante pueda venir por caminos tan fáciles. ¡Pero quién sabe! Si la vacante se provee por méritos, no me la darán a mí, y con razón. Pero si impera el criterio político de dar gusto a España, es muy probable. ¡Y ahora, silencio, reserva, sigilo! Fin del capítulo primero.

Guillén lo del “silencio” parece tomárselo muy en serio y su “reserva” y su “sigilo” son tales que ni se molesta en contestarle en este asunto, en el que Salinas solicitaba de él consejo y apoyo, ánimo y comprensión. De ahí su siguiente carta, del 11 de enero de 1931, en la que no puede evitar ni ocultar su implícito y explícito reproche:

Querido Jorge: Verdaderamente hoy al escribirte no sólo estoy enfadado contigo, que como sabes es lo que me sucede siempre; lo estoy contigo, también. Hace meses que espero una carta tuya, carta que necesitaba, que deseaba y que creía además que me debías. Porque en mi última te hablé de cosas muy importantes para mí, nada menos que de algo en que iba el cambio completo de rumbo en mi vida, el puesto de Ginebra. He pasado muy malos ratos con ese asunto. Y uno de mis mayores pesares ha sido el que entre los consejos tan indispensables que yo requería ha faltado el tuyo. Precisamente el que yo consideraba más preciso, más grave, más cerca de mí que todos los demás. Porque tú me conoces bien y sabes todo lo que me arriesgaba a ganar y a perder en ese juego. Ya conoces mi tesis: los intereses míos

son intereses comunes con las personas a quienes quiero; mi ida a Ginebra era, en mi sentimiento, un interés común tuyo y mío. Hoy ya está todo resuelto. No voy a Ginebra, por propio y voluntario desistimiento de última hora, cuando ya había sido convocado para una entrevista el jueves 15 allí. La decisión me ha costado mucho. Pero por hoy creo que hago lo mejor.

Estos últimos tiempos me los ha acaparado todos el famoso asunto ginebrino. No he tenido tranquilidad para pensar, para hacer nada. Apenas tomaba una resolución ya empezaban a ponerse en pie las fuerzas defensivas de la contraria. De modo que desde el punto de vista del trabajo, y casi, casi, del gusto estos dos meses merecen ser borrados, tachados con lápiz azul, olvidados. Y por eso no te contaré nada de ellos, en mí<sup>42</sup>.

El 1 de febrero de 1931 Guillén ya se digna contestarle y él de inmediato, y con la saliniana cortesía de siempre le responde:

Mi querido Jorge: Recibí tus cartas. Me esperaban al regreso de Ginebra. Me esperaban tal cual las esperaba yo, sin nada menos. Pero veo que te das cuenta de la temporada que acabo de pasar. Bueno, esto es inexacto: que estoy pasando. Porque como deducirías de mi postal de Ginebra la pelota aún está en el tejado. Ya te decía yo mi decisión 'íntima', de no ir. En este sentido escribí a Casares en Ginebra para que me relevara por completo del compromiso. Pero Casares, que aún ve probalidades de éxito en mi candidatura, me aconsejó telegráficamente que fuese a la entrevista a que me tenían convocado el Comité des Nominations del día 15 en Ginebra y el 16 en París; alegaba que mi comparecencia era una cuestión de corrección y que de no ir se figurarían esos señores que mi candidatura era una comedia. Así, apelando a lo que tú llamas el puritanismo (¡yo puritano!) me arrancaron de Madrid, con el tiempo justo para llegar a tiempo a Ginebra después de dos noches de tren. En Ginebra pasé doce horas; me divirtió no poco el espectáculo de la Sociedad de Naciones. Un Gran Hotel, pero con público completamente cambiado. Secretos y poesía en todos los letreros, a las puertas de los salones: 'Private Meeting, Commision

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 121.

de l'Or, Commision de l'Opium'. Más Paul Morand o Cendrars que Álvarez del Vayo. Cien o doscientas de las once mil vírgenes, seleccionadas sin cuidado estético alguno y yendo de un piso a otro, con 'serviettes' abultadas, las secretarias. Y por las ventanas lago con sol, espléndida tarjeta postal clásica, ligeramente desteñida a eso de las cinco. En fin ya sabes con qué facilidad prendo yo en estos cebos; caí. Me gustó. Y llegué a la conferencia completamente tranquilo y muy divertido por dentro, ya que nada de lo que saliera de allí me importaba gran cosa en aquel momento. Hablé con el vicesecretario general y con el 'chef de cabinet' del secretario general, asistidos por una inocente secretaria. Y durante la entrevista que versó sobre mi historial, actividades, trabajos, aficiones, etc. seguí divertidísimo. La puesta me era casi indiferente; el juego me entretenía. Hice lo posible por contestar que no a la mayoría de las preguntas; sin embargo a algunas tuve que contestar que sí. Por eso luego le decía Dufour a Casares: «Excellent, votre candidat, très droit, très loyal»... Decididamente, chico, tienes razón, puritano. A las diez de la noche (otra noche más en tren) salí de Ginebra. Entrada en París a las siete de la mañana, espléndida, de las más hermosas que he hecho en tan culta capital. A las diez y media entrevista con Bonnet, el nuevo director del Institut de Coopération Intelectuelle. Tampoco estaban mal las ventanas: daban al Palais Royal. (Ya sabes lo importante que son en mi vida las ventanas. Tan importantes como en la literatura de Azorín.) Los mismos temas de conversación y punto final. Mi misión oficial estaba terminada. Pero me quedé de incógnito en París cinco días más. Ya sabes que soy el último cursi de París; me gusta cada vez más, me cae en gracia todo, y ese famoso camelo anglo-americano del 'champagne air' de París me resulta totalmente embriagador. Lo pasé muy bien. Vi a Matilde, a Viñas y a Manolo Altolaguirre, delicioso en París, trabajando mucho y esperando que le envíes (¡mándaselos por Dios!) unos poemas para un número de 'Poesía' realmente formidable. Volví a España muy tonificado y además con el ánimo totalmente cambiado, es decir dispuesto si me dan lo de Ginebra a aceptarlo sin pena y casi con gusto, y si no me lo dan a seguir en Madrid sin pena también y

también con gusto. Ya dijo Cervantes que los viajes hacen discretas a las gentes<sup>43</sup>.

Sigue un exhaustivo e inteligente informe sobre la situación política del momento y, en la siguiente, del 20 de febrero del mismo año, se lamenta de la “olla de grillos”, que le parece España<sup>44</sup>, envidia la suerte de Guillén en su casa de “Oxford, con jardín y silencio y a dos mil kilómetros” de feliz distancia y le explica que él ya está “echando de menos Ginebra, o lo que sea, es decir la ausencia” de España. El 1 de febrero todavía estaba ansioso de noticias y ávido de ellas:

Así sigo. Sin noticias aún respecto a la decisión final, esperándola cada día, a la hora de cada correo, por radio, por hilos, por papel de cartas, como sea, pero esperándola sin impaciencia y sin disgusto. Creo que ya no puede tardar, a pesar de la terrible lentitud burocrática de la Sociedad de Naciones. Lo único que tiene de malo, es decir de bueno, esta situación, es que no puedo hacer nada. Estoy en lo que llamaríamos vacaciones psicológicas. Como no sé qué va a ser de mí dentro de un mes y como espero saberlo de un día a otro no es tan mala cosa. Bueno, y ahora ya creo haber satisfecho todas las necesidades históricas con este circunstanciado relato de mi viaje ginebrino. A esperar<sup>45</sup>.

Veinte días después ya sabe que “*L'affaire de Genève*” – como él lo llama<sup>46</sup> – no ha prosperado y así se lo comunica a su colega, compañero, corresponsal y amigo Jorge Guillén:

Querido Jorge: Decíamos ayer que lo de Ginebra fracasó. Causas varias. Una, según me explica Casares, mi actitud allí, en mis conversaciones con los españoles de la Secretaría. Yo les hablé francamente de mis pocas ganas de ir, del miedo que tenía al nombramiento, de mis

<sup>43</sup> *Ibidem*, pp. 125-126 y Pedro Salinas, *Cartas de Viaje 1912-1951*, edición, prólogo y notas de Enric Bou, Valencia, Pre-Textos, pp. 49-50.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 128.

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 126.

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 117.

dudas, etc. Azcárate se quedó muy impresionado. Y cuando llegó Quiñones le comunicaron mi estado de ánimo vacilante y poco entusiasta y celebraron consejo para ver lo que convenía hacer. Y lo convenido y hecho fue abstenerse de todas las gestiones en favor mío cerca del secretario general. Según dice Casares, si Quiñones hubiese apretado, mi nombramiento era seguro. Pero ante la inhibición oficial la Sociedad nombró a un alsaciano, Kullman. Ya puedes figurarte el peso que se me quitó de encima. Movilicé mis reservas psicológicas, llamé hasta las últimas quintas al combate, y, vencimos. Esto es, venció la aceptación jubilosa de la derrota burocrática. «¡De buena me he escapado!» Ese fue el ‘leit-motiv’ de mi campaña interior. Hice desfilar todos los motivos serie B, y sofoqué los serie A, que eran los preparados para caso de nombramiento. Y te aseguro que me quedé contento del todo, y, lo mejor del caso, en muy buen momento. Como te decía ayer esa preocupación de Ginebra, al desalojar mi ánimo dejó espacio para muchas cosas. Pero ‘hélás’! Surgió en ese instante la política, en forma muy ‘salinesca’, como a mí me gusta, dramática, candente, ‘histórica’. Y caí en el garlito. Pero aquí es donde ésta empalma con lo de ayer. Lo dicho. Pasemos a otras cosas<sup>47</sup>.

Las doce horas pasadas en Ginebra por Salinas nos han dejado un excelente testimonio del “espectáculo de la Sociedad de Naciones”:

Un Gran Hotel, pero con público completamente cambiado. Secretos y poesía en todos los letreros, a las puertas de los salones: ‘Private Meeting, Commision de l’Or, Commision de l’Opium’. Más Paul Morand o Cendrars que Álvarez del Vayo. Cien o doscientas de las once mil vírgenes, seleccionadas sin cuidado estético alguno y yendo de un piso a otro, con “serviettes” abultadas, las secretarias. Y por las ventanas lago con sol, espléndida tarjeta postal clásica, ligeramente desteñida a eso de las cinco<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 132.

<sup>48</sup> *Ibidem*, pp. 125-126 y *Cartas de Viaje*, pp. 49-50.

Para Salinas – que tiene una sensibilidad urbana y un especial interés por las “luces de colores y las iluminaciones - todas las noches hay una fiesta inmensa, en las ciudades”<sup>49</sup>. Por eso supo captar y describir la letra y el espíritu, el cuerpo y el ícono, de la Sociedad de Naciones. Tuvo allí la misma mala suerte que tendría, en 1949, en la UNESCO<sup>50</sup>. Buscaba lo que tuvo siempre como un deber: vivir donde se sienta uno “vivir a gusto y en plena posesión de actividad”<sup>51</sup>. No lo obtuvo en Ginebra, pero eso no le impidió poetizar y dejar escrita y salvada para siempre esta imagen de la Sociedad de Naciones, que coincide con el instante de la hora violeta, cuando, como en el verso 215 y siguientes de *The Waste Land*, de Eliot

At the violet hour, when the eyes and back  
 Turn upward from the desk, when the human engine waits  
 Like a taxi throbbing waiting<sup>52</sup>.

\*

\*        \*

De los poetas de postguerra, Eugenio de Nora es quien más y mejor ha conocido Suiza, por haber sido en la Universidad de Berna, catedrático y, antes, lector. He recorrido su poesía y sólo he podido encontrar en ella una posible referencia a Suiza: “a la nieve alpina”, en el segundo movimiento del poema “Ciudad Antigua”:

En este sitio, aquí, junto a la nieve  
 alpina, o junto al mar tan hondo oído,  
 inmensidad de arterias agitadas...

<sup>49</sup> *Cartas de Viaje*, p. 172.

<sup>50</sup> *Ibídем*, p. 510 y la respuesta de Guillén, pp. 498-499.

<sup>51</sup> Carta, del 26 de enero de 1944, dirigida a Américo Castro, cf. *Cartas de Viaje*, p. 181.

<sup>52</sup> Cf. T. S. Eliot, *Collected Poems, 1909-1962*, London, Faber and Faber, 1963, p. 71.

¡Huye, escapa, no te ate la ternura  
a esa petrificada muerte huera,  
a esas paredes de silencio y barro!<sup>53</sup>

Quien sí tiene abundantes referencias, aunque no tanto a Suiza como a Ginebra, es Alfonso Costafreda, uno de los grandes poetas de la generación del 50<sup>54</sup>, al que la crítica empieza ahora a rescatar. Funcionario internacional desde 1955, Costafreda vivió en Ginebra hasta su muerte, el 4 de abril de 1974<sup>55</sup>, e hizo de esta ciudad el correlato objetivo de su propia persona poemática. *Pasos de un peregrino* - título que, en 1949, pensó para uno de sus libros<sup>56</sup> – indica el concepto de “hospes y viator” que, como Góngora y Angelus Silesius, Costafreda tenía de sí mismo; y unas declaraciones, de ese mismo año, explican los “dos caminos” que hay en la poesía, según él: “el de la poesía de lo deseable – poesía que podríamos llamar paradisíaca – en la que la imaginación crea mundos de aspiración, y el de la poesía de lo concreto, de lo real – poesía épico-social – en la que el poeta describe el cotidiano palpitante de la vida”<sup>57</sup>. Costafreda se movería entre las dos e intentaría hacer una escritura que fuera perfecta síntesis vivida de ambas: “Si es posible reflejar en la voz poética una síntesis de las distintas interioridades, entonces ya se ha logrado el propósito poético” – responderá en una

<sup>53</sup> Cf. Eugenio de Nora, *Poesía (1939-1964)*, Léon, Diputación Provincial, 1975, p. 325.

<sup>54</sup> Cf. Jaime Ferrán, *Alfonso Costafreda*, Madrid, Júcar, 1980, p. 5; Jaime Gil de Biedma, “Después de la muerte de Alfonso Costafreda”, *El pie de la letra*, Barcelona, Crítica, 1994, pp. 217-219; Juan García Hortelano, *El grupo poético de los años 50 (una antología)*, Madrid, Taurus, 1978, p. 31 y pp. 87-101.

<sup>55</sup> Cf. su poema “La madera solitaria”, apud Alfonso Costafreda, *Poesía Completa*, edición de Jordi Jové y Pere Rovira, Barcelona, Tusquets, 1990, p. 243: *Empieza el Año / 1974, dicen, al fin, año decisivo / que afluyera hacia el todo. Nada / refleja esta esperanza.*

<sup>56</sup> Cf. Ferrán, *loc. cit. supra* en nota 54, p. 20.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 21.

entrevista aparecida en *La Vanguardia* ese mismo año<sup>58</sup>. Para Costafreda – como para Brines<sup>59</sup> y otros poetas de su generación<sup>60</sup> – Quevedo es una metafísica en la que aprende el “nihilismo quoad uitam” más que el “nihilismo quoad ens”<sup>61</sup>. “Místico de la muerte, místico de la nada”, como Carlos Barral lo definió en su necrológica<sup>62</sup>, Costafreda aprendió el sentido y la forma de la elegía en el poeta catalán Carles Riba, al que, entre 1949 y 1952, tradujo para la colección Adonais<sup>63</sup>. En el exilio que conforma el clima de las *Elegies de Bierville* de Riba, sintió Alfonso Costafreda algo así como una premonición del suyo, pero, sobre todo, “una dualidad de experiencia: la del ser íntimo del poeta y la de su ser que podríamos llamar “civil”. Y lo que para él pudo suponer, como poeta y como hombre, una vía de perfeccionamiento, significaba, también, en el ámbito general, acabamiento y muerte”<sup>64</sup>. Ese doble y contrario sentido del destierro, que Costafreda señala y descubre en Carles Riba, es el que, luego, él mismo va a tener. Costafreda pasa de un

<sup>58</sup> *La Vanguardia*, 5 de julio de 1949: cf. Ferrán, *loc. cit.*, p. 28.

<sup>59</sup> Cf. Jaime Siles, “Para las fuentes de Francisco Brines: substrato barroco y refacción funcional”, *Miscellanea Antverpiensia*. Homenaje al vigésimo aniversario del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de Amberes, Tübingen, Niemeyer, 1992, pp. 271-290.

<sup>60</sup> Cf. Ferrán, *loc. cit.*, p. 36: “Quevedo es, sin duda, el escritor del pasado que nos llega más vivo. Hallamos en él nuestro autor metafísico, pero metafísico a la española, que nos propone una metafísica humana [...]”.

<sup>61</sup> Para este concepto, aplicado por Laín Entralgo a la metafísica y el pensamiento de Quevedo, cf. lo que indico en el artículo citado en nota 59.

<sup>62</sup> Cf. Carlos Barral, “Místico de la nada”, *Tele/Exprés*, 22 de abril de 1974 y “Exageradamente maldito”, *El País*, 24 de noviembre de 1984.

<sup>63</sup> Sobre el sentido de las traducciones en la colección Adonais, cf. Jaime Siles, “La recepción de la poesía extranjera en la Colección Adonais”, *Medio Siglo de Adonais, 1943-1993*, Madrid, Rialp, 1993, pp. 210-222; sobre la de Riba, hecha por Costafreda, cf. Ferrán, *loc. cit.*, p. 40ss.

<sup>64</sup> Cf. Alfonso Costafreda, prólogo a Carlos Riba, *Elegías de Bierville*, Madrid, Rialp, 1952, pp. 11-12.

existencialismo de raíz mounierista a “un ansia de nada”<sup>65</sup>, en la que culmina un panteísmo difuso e intermedio, no ajeno a la influencia de Vicente Aleixandre y acaso de Gabriel Marcel<sup>66</sup>. En 1955 Costafreda “ganó uno de los primeros puestos en una oposición para funcionarios internacionales de la Organización Mundial de la Salud” con sede en Ginebra<sup>67</sup>, donde, como el joven Borges, aunque por motivos distintos, tampoco fue feliz. Los años ginebrinos (1955-1974) fueron para él “la culminación de un proceso de desarraigado”<sup>68</sup>, que desemboca en una especie de “muerte conjurada”<sup>69</sup>. Ese proceso personal fue acompañado de otro, de intensa condensación de su escritura – que se amplió hacia una vertiente metapoética, visible en dos poemas importantes: “Las Palabras”<sup>70</sup> y “Los límites”<sup>71</sup> – y de

<sup>65</sup> Cf. Ferrán, *loc. cit.*, p. 50.

<sup>66</sup> *Ibídем*, p. 51.

<sup>67</sup> *Ibídeme*, p. 56.

<sup>68</sup> *Ibídeme*, p. 61.

<sup>69</sup> *Ibídeme*, p. 62.

<sup>70</sup> *Poesía Completa* [citada en lo sucesivo *PC*], p. 101; cf.

### LAS PALABRAS

A José Ángel Valente

Piedras preciosas para el sentido,  
diamantes de realidad.

Si van en sueños pierden su brillo,  
su luminosa verdad.

Palabras vivas, nadie las toque  
que no las sepa cuidar.

<sup>71</sup> *PC*, p. 103: cf. los nueve primeros versos, que son muy significativos de lo que he indicado:

### LOS LÍMITES

Pienso en mis límites,  
límites que separan

.../...

un apartamiento de los círculos y grupos de poder<sup>72</sup>. Esta etapa es la que hoy más nos interesa, porque, sin renunciar a su ética, Costafreda retematizó toda su estética en una reformulación de su escritura que superaba la estrechez de concepto y de lenguaje en que se debatía y, por falta de solución, agonizaba la mal llamada “poesía social”. Costafreda encontró en Suiza un “ámbito lingüístico” diferente<sup>73</sup>, que le hacía desconfiar de la palabra y que le imponía una casi celaniana mudez: una *Sprachlosigkeit* que le llevó a convertir en objeto de poema la condición y el ser mismo del habla<sup>74</sup>. Un poema como “Las Palabras” explica este cambio muy bien: Costafreda propone en él una nueva consideración del lenguaje y una responsabilidad en el tratamiento de la materia verbal misma. Como en Roland Barthes, hay en Costafreda una moral o ética del lenguaje. También en las palabras

el poema que hago  
del que no puedo hacer,  
el poema que escribo  
del que nunca podré escribir.  
Límites también, en consecuencia,  
de lo que amo  
y de lo que nunca podré amar.

<sup>72</sup> Cf. Ferrán, *loc. cit.*, p.5 y 65ss. y los dos excelentes poemas dedicados a Gabriel Ferrater: el que se titula “G. F.”

Opongo  
a toda la retórica y vacía  
y humillante  
poesía  
hispánica actual,  
la obra viva, aún más viva ahora,  
de un gran poeta catalán destruido.

*PC*, p. 217 y “El poeta desaparecido”, *PC*, p. 219.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 72.

<sup>74</sup> *PC*, p. 287.

La muerte brilla cegadora  
en el aire que apenas  
es un manso susurro<sup>75</sup>.

Por eso, su poética busca ahora “Las pequeñas palabras”: cf.

Decías tú palabras  
íntimas, silenciosas.

Palabras que se dicen  
Del amor al amor,  
de una boca a otra boca.

El poema secreto  
para todos se hacía,  
las pequeñas palabras  
memorables, dichosas.

Las hazañas diarias,  
ilusiones del día,  
las más pequeñas cosas;  
palabras compartidas,  
útiles, generosas.

El poema secreto  
para todos se hacía,  
las pequeñas palabras  
— otras no he decir —  
durarán como rocas<sup>76</sup>.

Ahora contempla

<sup>75</sup> PC, p. 111.

<sup>76</sup> PC, p. 121.

el monte frío,  
la lenta paz,  
la cumbre...<sup>77</sup>

y recuerda la esperanza que tuvo y que era

maravillosa más que la alegría<sup>78</sup>.

Pero ve en la palabra lo que no había visto antes: su fugacidad: cf. el poema

### FUGACIDAD DE LA PALABRA

A Eugenio de Nora

Desmedida pasión, furiosas ansias  
de ti, ¡ansias de nada!  
Tercia la primavera se te opuso,  
pero la primavera se acababa.  
Tercos nosotros junto a nuestros libros,  
poetas españoles, ¡sorda España!  
Contra la oscura piedra de tus siglos,  
fugacidad de la palabra.  
¡Desmedida pasión de ti,  
pasión de amor equivocada!<sup>79</sup>

A lo que ahora se enfrenta es al silencio: cf. el poema

<sup>77</sup> PC, p. 125.

<sup>78</sup> PC, p. 123.

<sup>79</sup> PC, p. 127.

## EL SILENCIO

No puedo hablar; aunque quisiera  
 no puedo hablar con alegría.  
 ¿Qué he de decir? Ni tan siquiera  
 presentar puedo una página limpia.  
 No puedo hablar, sólo tinieblas crecieran  
 sobre la hierba maldita.  
 He de callar, pero yo diera  
 mi vida<sup>80</sup>.

Costafreda afirma que por hablar “diera / [su] vida”, y ello le lleva no tanto a una poética del silencio<sup>81</sup> como del sacrificio, la autoinmolación y la ofrenda. Un momento de aceptación estoica hiperdepurada lo representa “Río Sena”, uno de sus poemas más clásicos, con un intertexto conocido: “Le Pont Mirabeau” de Apollinaire: cf.

## RÍO SENA

Bajo los puentes de París he visto  
 correr tranquila el agua,  
 doblarse su cintura mansamente  
 hacia la calma.

Ya todas las melancolías  
 muy tercamente la memoria  
 sobre mi corazón las abalanza.  
 Nada tendré.

De todo lo soñado

<sup>80</sup> PC, p. 129.

<sup>81</sup> Cf. Amparo Amorós Moltó, “La retórica del silencio”, *Los Cuadernos del Norte*, 16, 1982, pp. 18-27; Emma Sepúlveda-Pulvirenti, *Los límites del lenguaje: un acercamiento a la poética del silencio*, Madrid, Torremozas, 1990; y Leopoldo Sánchez Torre, *La poesía en el espejo del poema. La práctica metapoética en la poesía española del Siglo XX*, Oviedo, Departamento de Filología Española, Universidad de Oviedo, 1993.

sólo nos queda el ansia.  
 Viento sin fin, ay, nuestra vida.  
 Vértigo que empezó  
 y nunca acaba.

Bajo este puente de París transcurren,  
 sin viento ni extravío,  
 lentas, conscientes, hacia el mar  
 las aguas<sup>82</sup>.

En él puede verse una maduración de la experiencia, que coincide, en parte, con la que hay en la segunda mitad de “De noche en noche” – en la que, como en un momento de iluminación, se ve, se distingue, se comprende:

Tantas y tantas veces  
 de este mundo irreal, prisionero y rehén,  
 con qué esperanza hoy veo el contorno vivísimo  
 del día, la realidad de un momento,  
 con qué avidez, con qué fervor distingo  
 la voz, la mano, el pecho<sup>83</sup>.

y en la de “Como una casa”, que supone un estadio más, porque se sabe:

#### COMO UNA CASA...

Como una casa grande y despoblada  
 se me ha llenado el corazón de frío.

La alegría y los sueños, la esperanza,  
 con las primeras hojas ya se han ido.

<sup>82</sup> PC, p. 141.

<sup>83</sup> PC, p. 149.

Acaso ha de volver la primavera,  
no llegará su tiempo para el mío<sup>84</sup>.

Ambos poemas tienen como referente directo su experiencia suiza. En su juventud, Costafreda citaba con frecuencia una frase de Maiakowski, que recuerda Jaime Ferrán, de quien la tomó<sup>85</sup>: “El esquife del amor se ha roto entre los escollos de la vida diaria”. “Entre los escollos de la vida diaria” Costafreda mismo naufragó. Para él la vida seguía “terco su rumbo contra el pensamiento”<sup>86</sup> y “los sueños han perdido la batalla”<sup>87</sup>. Por eso “Entre dos luces mi conciencia / difícilmente sobrenadará” – dice<sup>88</sup>, porque “Marcada está [su] frente” con el signo de los suicidas, a los que tanto poetizó<sup>89</sup> y a los que un día también imitaría. Recuérdese que Vicente Aleixandre le había dedicado su poema “El Moribundo”<sup>90</sup>, cuya segunda parte se titula “El Silencio” ¿Intuyó Aleixandre lo que era e iba a ser la evolución poética de Alfonso Costafreda? Es difícil afirmarlo, pero es bastante lo que aparece, y ya tan pronto, sugerido allí. El funcionario internacional Alfonso Costafreda es quien habla en “Cuarenta Inviernos”<sup>91</sup> y en “Un siervo ocioso”<sup>92</sup>. Y ése – y no otro – es el que a sí mismo se dice:

Entrará el mar lentamente en tus venas,  
droga, ave rapaz, suicidio lento<sup>93</sup>.

<sup>84</sup> PC, p. 157.

<sup>85</sup> Loc. cit., p. 85.

<sup>86</sup> PC, p. 137.

<sup>87</sup> PC, p. 167.

<sup>88</sup> PC, p. 179.

<sup>89</sup> Cf. Ferrán, loc. cit., pp. 84-107.

<sup>90</sup> Cf. Vicente Aleixandre, *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1968, pp. 609-610.

<sup>91</sup> PC, p. 183.

<sup>92</sup> PC, p. 185.

<sup>93</sup> PC, p. 187.

Ese mismo es el que sufre

De este mal incurable,  
de lo que tengo, de lo que no tengo,  
de la vida en el sueño<sup>94</sup>.

Y ése, y no otro, es el yo poético y el personaje poemático de “Ciudad 1973”: cf.

### CIUDAD 1973

No he de salir de esta ciudad.  
Aquí resonarán mis pasos  
como el péndulo de un reloj.

Tejer y destejer las manos y los brazos.  
Sigo un horario fijo. Oigo mi propia voz.

Maldigo este destino  
insignificante y atroz<sup>95</sup>.

Y el que considera malograda su vida, siente la ausencia de interlocutores próximos o válidos y se duele de la limitación de su lenguaje: cf.

Vida tan malograda no debiera contarse,  
a quién hablas, con qué lenguaje<sup>96</sup>.

Más adelante se preguntará:

<sup>94</sup> *PC*, p. 191.

<sup>95</sup> *PC*, p. 193.

<sup>96</sup> *PC*, p. 203.

¿Hay acaso un lenguaje? Ponlo en duda,  
que te juzguen, condenen, desconozcan,  
amigos no te quedan ni palabras<sup>97</sup>.

Por eso, en ese “holocausto”, el yo se interponía “entre el fuego y el / sufrimiento del habla”<sup>98</sup>. Y, por eso, “Este libro no existe” – dice<sup>99</sup> de sí y de su obra, y se pregunta

¿Son vida las palabras o van contra la vida?<sup>100</sup>

Mientras se ve a sí mismo, “en este amanecer de los gemidos”<sup>101</sup>, como una “naturaleza muerta”<sup>102</sup> de Morandi. La soledad es su tema ahora y, para expresarla, encuentra una nueva lírica asonancia y una a modo de estrofa, que a nadie remite y que sólo a él mismo es igual: cf., como ejemplo, las dos composiciones tituladas

### SOLEDAD

La soledad es como un sueño  
angustioso, sueño sin nadie,  
la soledad es el amor sin dueño,  
un camino que conduce al aire<sup>103</sup>.

y

<sup>97</sup> PC, p. 247.

<sup>98</sup> PC, p. 287.

<sup>99</sup> PC, p. 249.

<sup>100</sup> *Ibídem*, último verso.

<sup>101</sup> PC, p. 251.

<sup>102</sup> PC, p. 255.

<sup>103</sup> PC, p. 263.

### A NADA ES COMPARABLE

Existe una hermandad no describible  
 entre nosotros, una señal segura  
 que enormemente brilla. De tu sueño  
 la lejanía a nada es comparable<sup>104</sup>.

Ahora “mal colmado de amor ya no se nutre / de nada ni de nadie y a sí mismo se entierra, / objeto y fin de su propia pasión”<sup>105</sup>. No es “huésped de la sombra”, como Bécquer y Alberti, sino de sus palabras:

Huésped de mis palabras, reflejo  
 de la interrogación<sup>106</sup>.

Y ahora es cuando el paisaje suizo se explicita: cf.

### HELVÉTICA LADERA

Me pierdo en lo invisible  
 Fuera de ti, sin cuerpo.  
 Levanté con palabras  
 un castillo desierto.  
 Hablaba por hablar,  
 cesó de pronto el viento.  
 Para que tú volvieras  
 te envié mensajeros<sup>107</sup>.

Y la situación objetiva y real, también: cf. los siguientes versos de “El Oro”:

<sup>104</sup> PC, p. 269.

<sup>105</sup> PC, p. 271.

<sup>106</sup> PC, p. 273.

<sup>107</sup> PC, p. 279.

Ganando a contrapelo  
 el oro necesario es ahora mi vida;  
 no para mí, están detrás mis sueños,  
 pasiones delirantes mi soledad alivian.

Espacio delicado y movedizo  
 – el engranaje férreo aprisiona los días –  
 robo a la vida pocos instantes personales,  
 momentos que no suplen el aire de mis pulmones.

El Verbo pudo ser y no será.  
 Sin tiempo los proyectos y la obra mal hecha,  
 la Muerte llegará<sup>108</sup>.

Se reconoce ahí que “los escollos de la vida diaria” – el oro y el trabajo - le han dejado pocos instantes personales y que, sin ellos, no es posible ni el verbo ni la obra. Comprende el engaño de la realidad social:

Como la luz el pan  
 lleva sombra escondida<sup>109</sup>.

y piensa que sólo “La pobreza contrarresta el delirio”<sup>110</sup>.

La poesía es “apuntes de una vida” e “indicios de otra” de los que espera “el poema contacto, el sonido sereno, la libre lucidez”<sup>111</sup>. Descubre así lo que llama “vocación insolente”<sup>112</sup>: la falacia de la vida verbal, la ilusión de la persona poemática. Eso es lo que

<sup>108</sup> PC, p. 293.

<sup>109</sup> PC, p. 337.

<sup>110</sup> PC, p. 297.

<sup>111</sup> PC, p. 305.

<sup>112</sup> PC, p. 307: *Existir a través de las palabras, / vocación insolente.*

tematiza en “Una vida grotesca<sup>113</sup>” y en “Versos escribo<sup>114</sup>”. Costafreda sabe que “Ronca / fue la verdad y vino a contrapelo”<sup>115</sup>, porque los versos son – y él no se engaña en esto – sólo “fragmentos / del discurso”<sup>116</sup>.

De ahí su convicción de que

No serán las palabras  
aullidos poderosos,  
no serán las preciosas  
aguas que me conduzcan,  
náufrago de mis sueños,  
hacia la tan remota  
luz que brillara acaso  
en la morada ciega<sup>117</sup>.

basada en su desconfianza en su propio sistema de producción verbal:

Palabras que no han sabido  
hacerse oír.

Árboles que no pudieron  
dar su fruto<sup>118</sup>.

Ginebra le enseñó a Costafreda que el dolor es un “inseparable compañero”<sup>119</sup>.

<sup>113</sup> *PC*, p. 311.

<sup>114</sup> *PC*, p. 323.

<sup>115</sup> *PC*, p. 325.

<sup>116</sup> *Ibidem*.

<sup>117</sup> *PC*, 331.

<sup>118</sup> *PC*, p. 333.

<sup>119</sup> *PC*, p. 347.

No acaba aquí mi reunión de materiales, de autores españoles e hispanoamericanos, sobre Suiza. Si pongo hoy punto final es por problema de espacio: léase este punto, pues, como seguido y como sucesivo. Suiza es un referente más profundo que la rápida impronta que otorga al viajero la frecuencia del trato del azar: en Borges y en Costafreda es un hipotexto y un hipersigno que explica no poco su perfil y paisaje interior.

Jaime SILES  
*Universität St. Gallen*